

**literatura**





# TOPAGA

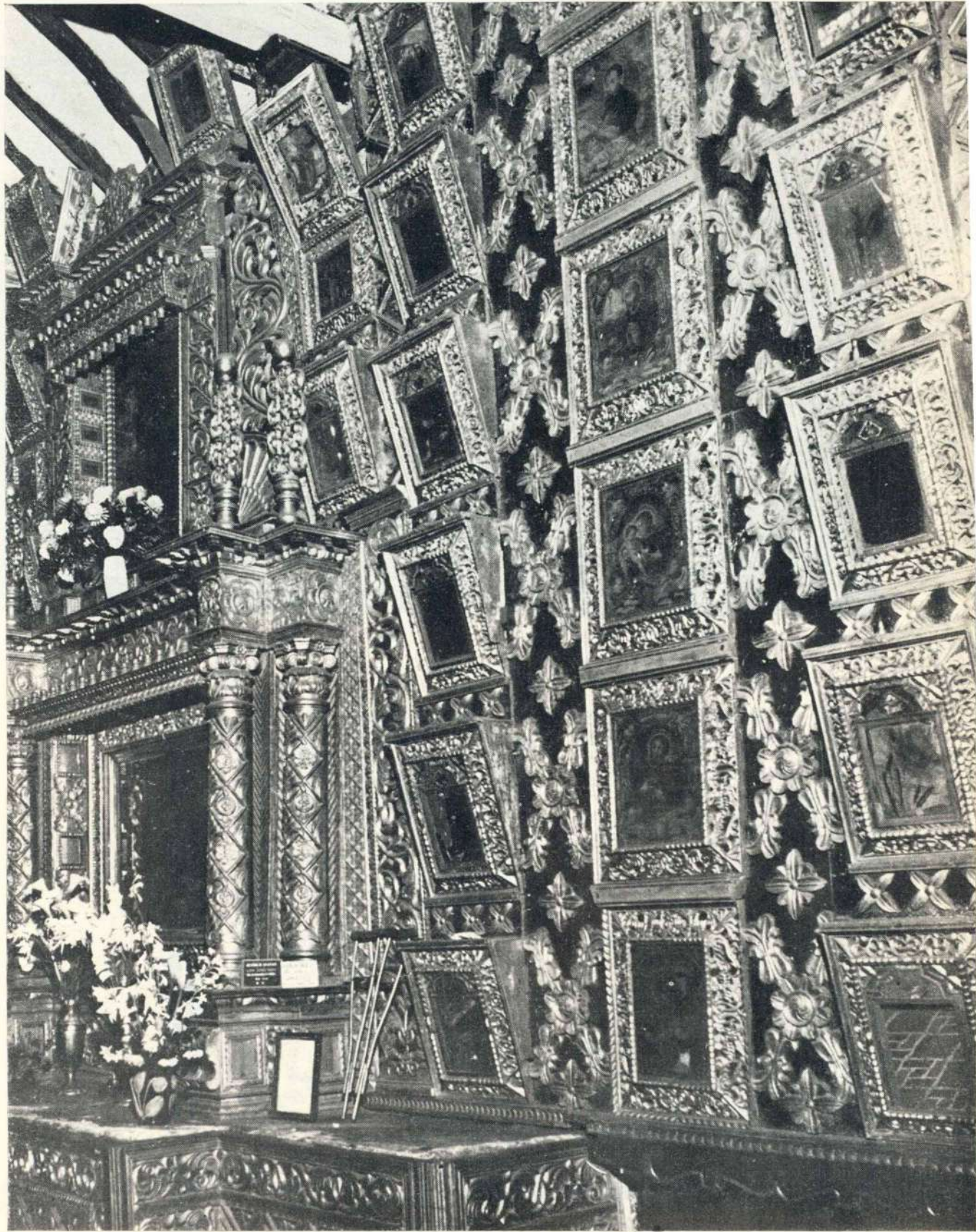
Por **EDUARDO MENDOZA VARELA**

El maestro Tomás Roldán, dice el libro de la parroquia, trabajó este retablo de la Iglesia de Tópaga, por 38 pesos y tres reales. Clareaba, si hemos de creer a los cronistas, el Siglo XVII. Los jesuitas habían llegado a Tópaga pocos años antes. Llegaron, como a tantas otras zonas de indios, cabaleros por las trochas de Morca y Matayeguas, reventando las cinchas por esas pendientes que llevan hacia Mongua desde la planicie de Sogamoso. Son estas, sin muchos preámbulos, tierras de trigos, esmaltadas de labrantíos que la brisa de Tota despeina con un soplo mentolado y cortante. Pero también, al mediodía, el sol las calienta y entonces se miran a través de un vaho que no empaña su nitidez. Hace algunos años me correspondió en suerte redescubrir a Tópaga. Poco se hablaba antes de este pueblo, y solo dos o tres iniciados, si así puede decirse, se desviaban hasta el poblacho, en sus peregrinaciones a Monguí, que tiene templo de más cuerpo y una virgen más tradicional y prestigiosa. En un ángulo de la plaza —decorada por unos pinos de cabezotas geométricas— se levanta la iglesia, con un humilde imahfronte y una ventana biforada sobre el portalón. Tiene la cara remozada, con cal blanca, pe-

ro conserva, en su marco de piedra, las viejas abras resquebrajadas por la interperie. Es la iglesia de Tomás Roldán, llamémosla así, imaginero prodigio y anónimo, del cual, historiadores y críticos poco saben o no han querido saber.

Los retablos, excesivos de oro y caireles, abren sus hornacinas a la imaginaria de tallas antiguas y a los bronce policromados. En cierto documento de la época, un jesuita, el p. Melgar, hace un relato tan monótono como fiel de la iglesia. Pero poco o nada nos cuenta del imaginero Tomás. Habla de querubines, de altares y púlpitos, de botánicas y faunas que milagrosamente trabajó este Tomás Roldán, con paciencia y sabiduría. Con todo, el p. Melgar pasa por alto ciertas cosas. No se detiene apenas, en aquellos dragones que han venido a posarse en las bases del arco toral y que resultan, más que un lujo del arte jesuítico, una supervivencia de las gestas de caballería. Ni en aquel San Miguel Dorado, a horcajadas sobre el diablo-dragón, que en los días de la doctrina enseñaba probablemente a los muchachos topaguenses los caminos del pecado y de la virtud, del cielo y del infierno. Tampoco nos habla mucho de esos





*Aspecto de uno de los  
bellos retablos de la  
Iglesia de Topaga.*